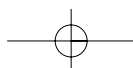
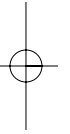
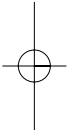


Dossier

Realidad y ficción del narcotráfico en Colombia: análisis historiográficos, socioeconómicos y literarios

Coordinado por Thomas Fischer y José Manuel López de Abiada



Thomas Fischer*

► Presentación

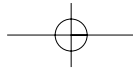
En marzo de 1998, la Asamblea General de las Naciones Unidas celebró una sesión especial en la cual se comprometió a acabar con el problema de las drogas ilícitas en un plazo de diez años. Los miembros de la ONU acordaron que el mundo debería quedar libre de drogas a través de la eliminación o la reducción significativa de cultivos ilícitos de coca, cannabis y opio y del suministro de drogas para el mercado mundial en 2008. Se quiso alcanzar esta meta principalmente a través de un rígido sistema de prohibición. La mención de la coca y la cocaína (y del opio y la heroína) llevó a que América Latina, en general, y los países andinos, en particular, quedaran en la mira del mundo entero a lo largo de estos diez años. A principios del año 2009, puede decirse que el narcotráfico, entendido como “actividad perteneciente a la categoría de crimen organizado, que hace referencia a delitos llevados a cabo por varios individuos” (Duncan 2005: 32) sigue vigente.

Si bien, a juicio del analista Alfredo Rangel, Colombia ha realizado “los más grandes esfuerzos que país alguno haya realizado en el nivel mundial para controlar el narcotráfico”¹, este país sigue siendo el emplazamiento más importante referente a la producción de coca y cocaína. Es el país anfitrión de un grupo pequeño, aunque muy poderoso, de narcotraficantes, que se aprovechan con sus empresas del mercado ilegal y generan enormes beneficios con la exportación de la droga, adoptando estrategias de corrupción, de amenazas y violencia. Puede constatarse que la violencia, la corrupción y la cultura del dinero fácil son fenómenos estrechamente vinculados al narcotráfico, que a su vez no puede ser separado en las últimas décadas de la historia colombiana. El narcotráfico como factor determinante de la sociedad y la cultura colombianas es el tema de este dossier.

En Colombia, el narcotráfico con base en la cocaína emergió a finales de los años setenta, cuando la demanda en Estados Unidos tuvo un auge significativo. Desde entonces, se ha producido esta droga a gran escala en diferentes lugares del país para la exportación hacia el norte del continente, a Europa y otras regiones del mundo. En Colombia, la lucha contra la droga es casi tan antigua como la producción de cocaína. Llama la atención que los gobiernos colombianos no hayan podido diseñar su propia política y que fueran obligados por los EE.UU. a adoptar un régimen prohibicionista que criminali-

* Thomas Fischer es profesor de Historia de América Latina en la Universidad Católica de Eichstätt. Ha publicado varios libros sobre la historia de América Latina. Su último libro editado (con Daniel Gosel): *Migration in internationaler Perspektive* (München 2009). Contacto: th.fischer@ku-eichstaett.de.

¹ Alfredo Rangel: “Contra las drogas: nueva visión”. En: *Semana*, 14 febrero 2009, <<http://www.semana.com/noticias-opinion/contra-drogas-nueva-vision/120721.aspx>> (22.04.09).



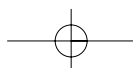
zaba la producción, comercialización y exportación de drogas, militarizando el país en esta lucha. Asimismo, empezó una cruzada discursiva durante la administración de Ronald Reagan contra las drogas. Siguió la Andean Initiative de George Bush Senior y el Plan Colombia de Bill Clinton y de George W. Bush. Sin embargo, a pesar de gastos anuales estimados en 1.200 millones de dólares a partir del año 2000, el potencial de producción de cocaína se mantuvo estable.

Cambiaron, sin embargo, las rutas de exportación y los actores: en los años ochenta se establecieron los legendarios barones de la droga como Carlos Lehder, Gonzalo Rodríguez Gacha, Pablo Escobar y los clanes de los Ochoa y Rodríguez Orejuela, aprovisionados con inagotables fuentes de dólares. Se organizaron en “cárteles” para sacar los mayores beneficios posibles en cada nivel, incluida la venta al por menor en las calles de Nueva York y Miami. Estos “nuevos ricos” solían invertir el dinero que recibían en grandes cantidades en tierras, caballos finos, zoológicos, relojes de lujo, pesadas cadenas de oro, diversión de todo tipo, mujeres (cirugía estética incluida), fiestas orgiásticas, música y costosísimas camionetas. En otras palabras: cultivaron un estilo de vida consumista y excesivo (percibido como de mal gusto por las tradicionales capas altas que se consideraban “gente de bien”), rural, latifundista y machista. Los narcotraficantes trataron de ser reconocidos y tener prestigio en los pueblos y las comunas donde se movían, lo cual consiguieron con su dinero y pactos de lealtad, donaciones y regalos (juguetes, libros, subvenciones a la construcción y el mantenimiento de jardines infantiles, clubes de fútbol, viviendas, parques, etc.).

Con el narcotráfico se agudizó tanto el conflicto por las tierras productivas que algunos analistas han visto en este fenómeno el impulso primordial de lo que ellos llaman “contrarreforma agraria” (Reyes Posada 1997: 279-346). Entretanto, la modernización de la industria quedó atrasada. Lo cierto es que los narcotraficantes defendieron sus intereses imponiendo la llamada “ley de los dos metales: plata o plomo”: el que no quiso hacer caso o no quiso dejarse comprar fue amenazado o perseguido por los sicarios y ejércitos de los capos. A todos los amigos, familiares, empleados y cómplices se les exigió la lealtad absoluta a los patrones; la traición no se perdonaba. Después de una guerra sangrienta contra funcionarios del Estado, periodistas y políticos que se opusieron a la expansión del narcotráfico y de ataques terroristas contra civiles inocentes, Pablo Escobar, jefe del “Cártel de Medellín”, negoció a principios de los años noventa su entrega a la justicia colombiana. De esta manera logró evitar su extradición a EE.UU. El Estado le concedió al “capo de los capos” su propia cárcel de lujo, “La Catedral”, y cuando dejó de sentirse a gusto en ella se fugó, permaneciendo prófugo hasta que en 1993 el Bloque de Búsqueda lo asesinó en Medellín. Los barones del “Cártel de Cali” también fueron perseguidos por las fuerzas de seguridad; algunos tuvieron que entregarse; unos pocos fueron extraditados a EE.UU. años después.

En ese ambiente de guerra, Gabriel García Márquez dio la voz de alerta con un breve artículo en la revista española *Cambio 16*, en el que cuestionaba los métodos represivos –a su juicio contraproducentes para combatir el problema de las drogas en los países productores– impuestos por los presidentes estadounidenses Reagan y Bush. En este ensayo constataba que

el resultado, al cabo de 11 años amargos, es la delincuencia a gran escala, el terrorismo ciego, la industria del secuestro, la corrupción generalizada, y todo ello dentro de una violencia sin



precedentes. Una droga más perversa que las otras se introdujo en la cultura nacional: el dinero fácil, que ha fomentado la idea de que la ley es un obstáculo para la felicidad, que no vale la pena aprender a leer y a escribir, que se vive mejor y más seguro como sicario que como juez. En fin, el estado de perversión social propio de toda guerra.²

Llama la atención la preocupación del premio Nobel, menos por la actuación de los narcotraficantes en sí que por la difusión de los valores mafiosos en buena parte de la población colombiana. La construcción de una cultura popular narco podía cuestionar “la cultura nacional” (aunque García Márquez no explicó lo que ésta representaba para él).

Investigadores como Alfredo Molano, Alonso Salazar, William Mejía Ochoa y Gustavo Bolívar Moreno han analizado, con los métodos de la antropología y de las ciencias sociales, aspectos particulares de los deseos, motivos, valores y actuaciones de los sicarios, las mulas y las amantes de los narcos. Salazar fue el primero en ocuparse de los sicarios de las comunas nororientales de Medellín, tratando de entender sus rituales, su vida acelerada, su culto de las armas, su consumo de drogas y de música y sus peleas de honor. Interpreta la actuación de los sicarios al margen de la ley como fruto de su rechazo por parte de la élite de la capital antioqueña (los “nobles”). Parte de la tesis de que los adolescentes de los barrios marginados de Medellín desafían con su subcultura la cultura hegemónica de las élites, que se sienten mejores que el resto de la sociedad. Un punto particular que subraya Salazar son los deseos de los sicarios de vivir y gozar el momento y de participar en el consumo despreciando la muerte (Salazar Jaramillo 1990).

Alfredo Molano ha estudiado el fenómeno de los productores de la hoja de coca que fomentan el proceso de colonización en la zona –hostil e insalubre para muchos– del Guaviare. El proceso de inmigración en una región periférica de obreros, pequeños comerciantes, desempleados, desplazados y aventureros fue impulsado por la esperanza de hallar un nuevo El Dorado. Los colonos construyeron una sociedad fronteriza desde una legalidad precaria basada en la autojusticia (Molano 1987).³ William Mejía Ochoa y su equipo de investigación se refieren a las mujeres (y algunos hombres) que transportan la cocaína a otros países en su estómago (Mejía Ochoa *et al.* 2002). Las mulas, como se llama a estos portadores de cocaína, provienen en su mayoría del Eje Cafetero colombiano sumido en una crisis económica desde los años ochenta. En este contexto, una parte de la población se siente defraudada en sus expectativas en una sociedad desigual e injusta. Busca su suerte y la ventaja personal en la decisión de participar en el negocio ilegal del narcotráfico. El mundo de las amantes de los narcotraficantes es el tema de la famosa novela *Sin tetas no hay paraíso* del escritor Gustavo Bolívar Moreno (de la cual se han hecho dos adaptaciones como telenovela y como largometraje). “Muchas niñas que habitan en los barrios marginales colombianos contemplan su cambio físico como la única solución para ser la mujer de un narco, hombres que las sacan de la miseria en la que viven y les facilitan un estatus con el que se sienten reconocidas”, señala Bolívar Moreno en una entrevista concedida al periódico español *El País*.⁴ Puede decirse que

² “Apuntes para un debate nuevo sobre las drogas”. En: *Cambio* 16, 29 de noviembre 1993.

³ En lo referente a la colonización del Caquetá y del Caguan, véase Jaramillo/Mora/Cubides (1986).

⁴ “Aumentar sus tetas les abre el paraíso de los ‘narcos’”. Entrevista de Aurora Intxausti con Bolívar Moreno. En: *El País* [España], 14 de marzo 2008. <http://www.elpais.com/articulo/cultura/Aumentar/tetas/les/abre/paraiso/narcos/elpepicul/20080314elpepicul_3/Tes> (22.04.09).

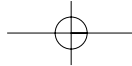
García Márquez no se equivocó en su diagnóstico: el gusto particular por el dinero fácil quedó sembrado en la sociedad como narcocultura.

Seguro es que el narcotráfico no ha inventado este comportamiento extremadamente individualista (incluyendo el uso de la violencia contra otros ciudadanos para lograr beneficios personales), pero también es cierto que la opción del narcotráfico está agudizando la tendencia a la ruptura de la solidaridad civil y la fragmentación social que siempre han sido típicas de la sociedad colombiana. Pocos son los que logran mantenerse fuera del alcance del poder de la “droga perversa” del dinero fácil. Y mientras el crimen organizado se recompone y se recupera después de cada golpe, la sociedad y el Estado democrático que lo combaten, quedan seriamente afectados.

Cabe señalar que con la caída de los grandes “cárteles” en 1995-1996 empezó la atomización del narcotráfico, aunque con el tiempo surgieron otras organizaciones emergentes, como el “Cártel del Norte del Valle” bajo el mando de Juan Carlos Ramírez Abadía (alias Chupeta) y Diego Montoya (Don Diego). La capacidad para procesar cocaína se mantuvo y la producción de la materia prima aumentó significativamente. Sin embargo, en la segunda mitad de los años noventa, los colombianos dejaron de tener su posición de privilegio en la comercialización de las drogas fuera de Colombia, donde los beneficios son mayores. Surgieron los grandes “cárteles” en el principal país de tránsito hacia EE.UU.: México. Pero en Colombia la profesión del narcotraficante no se perdió, aunque algunos *parvenus* preferían manejar perfiles bajos, trabajando clandestina o discretamente en organizaciones relativamente pequeñas, independientes, con menos dinero disponible y con menos poder. Estos *traquetos*, como se llaman en Colombia, aprendieron que el uso indiscriminado de violencia contra el Estado y otros enemigos puede intensificar su persecución y tener como consecuencia su muerte, la cárcel en Colombia o –peor– la extradición a la justicia de EE.UU. Confiaron más en el poder persuasivo de su dinero que en sus metralletas y revólveres. No se rodearon de tantos guardaespaldas, los llamados *lavaperros*, de tal manera que era difícil distinguirlos de otros ciudadanos. Según el periodista Óscar Escamilla, el éxito de los narcos de entonces, se alcanzó a base de “justamente no mostrarse”.⁵ No obstante, en Cali, Medellín, Pereira, Armenia y sus entornos y en los Llanos Orientales persistió la cultura del narco agresiva y de excesos. Estos traficantes se reclutaban en la “segunda fila” de los anteriores capos: vigilantes, guardaespaldas y contadores. Pero también nuevos hombres de negocios entraron en el narcotráfico para beneficiarse del negocio. Algunos de ellos aparecieron de nuevo en Bogotá, bien porque se les hizo difícil la vida en las provincias a raíz de la presión de las autoridades, por vendettas entre grupos paramilitares y otros narcotraficantes, o porque encontraron más atractivo lucir su riqueza en un entorno más distinguido (restaurantes, discotecas lujosas, gimnasios y clubes).

Además de los narcotraficantes, otras organizaciones utilizaron el potencial financiero del negocio de la droga: los grupos guerrilleros y los paramilitares de los Castaño y los Mancuso. La guerrilla aprovechó la producción de coca en los territorios donde ella imperaba y la venta de pasta procesada para consolidar su base social entre los campesinos coccaleros y mejorar sus finanzas, que junto con los recursos generados por el secues-

⁵ “El arma de los narcos es la discreción”. Entrevista con Óscar Escamilla. En: *Semana*, 25 de marzo de 2005, <<http://www.semana.com/noticias-enfoque/arma-narcos-discrecion/20234.aspx>> (22.04.09).



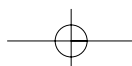
tro y la extorsión le permitió establecer sus frentes en todo el país. Nunca lograron conquistar el Estado y cambiar el sistema político, pero ejercieron el poder a nivel local y regional. El gobierno de Álvaro Uribe y sus seguidores (los llamados uribistas, apoyados por el gobierno de George W. Bush) persiguieron a los guerrilleros no sólo por estar involucrados en el negocio de la droga, sino también por sus actos terroristas, descartaron rotundamente los propósitos políticos de los guerrilleros y condenaron sus fines criminales y terroristas a través de la palabra “narcoterroristas”. Sin embargo, el criterio principal para diferenciar tanto la guerrilla como el paramilitarismo del narcotráfico es la búsqueda y la defensa del control territorial (Duncan 2005: 30). Los grupos paramilitares, liderados por los ganaderos y los grandes terratenientes, se consolidaron como consecuencia de la actitud de la guerrilla en el campo para defender sus intereses. Las Auto-defensas Unidas de Colombia (AUC) eran, según la columnista Claudia López, una de las más fervientes críticas de la política de Uribe, “el mayor proyecto de expansión narcotraficante en la historia de Colombia”.⁶ Al igual que la guerrilla, estos grupos ejercieron un poder significativo a escala local, regional y nacional, manipulando elecciones e infiltrando con sus métodos mafiosos el Congreso, el gobierno y sus administraciones.

Cuando Uribe asumió el poder con su discurso marcial contra la guerrilla, las AUC se desmovilizaron y se reinsertaron mediante la Ley de Justicia y Paz. La guerrilla fue debilitada considerablemente (pero no exterminada) y el “Cártel del Valle” sufrió durísimos golpes. No obstante, a diferencia de lo que pretendía el gobierno uribista, estos logros no tuvieron ningún impacto en la capacidad de Colombia para producir y exportar cocaína. Puede decirse que el poder mafioso y político de los actores basados en el narcotráfico se mantiene. Los narcotraficantes son hoy nuevamente organizaciones pequeñas, y las llamadas “Bandas Criminales Emergentes” (Bacrim), entre ellas “los Paisas”, “los Rastrojos”, “los Cuarenta”, “El Loco Barrera” y “Cuchillo”, según el gobierno de Uribe no tienen que ver con el paramilitarismo. Estas bandas armadas tienen presencia en 250 municipios del país, y buscan controlar el negocio de la droga y –ante todo en la costa caribe– los corredores para su transporte. En las conclusiones de un editorial de *El Espectador* leemos “el narcotráfico produce actores políticos” para defender sus intereses económicos y su poder.⁷

Las diferentes facetas del fenómeno del narcotráfico colombiano se han analizado en cantidad de estudios. El título de nuestro dossier alude al dicho de que la realidad supera la ficción, y en él se reúnen nuevos estudios sobre la problemática desde el punto de vista de las ciencias sociales y las representaciones del fenómeno en la literatura. El ensayo de Eduardo Sáenz Rovner muestra una vez más que cada historia tiene su prehistoria y que “el narcotráfico no fue entonces un fenómeno que irrumpió ‘de repente’ en Colombia desde finales de la década de los años 60 y comienzos de los 70 como respuesta a la demanda norteamericana”. El trabajo de Francisco Thoumi trata de responder al porqué Colombia se convirtió en el principal emplazamiento de la producción y exporta-

⁶ Claudia López: “Capitalizar en vez de abandonar”. En: <http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/claudialopez/capitalizar-en-vez-de-abandonar_4920212-1> (22.04.09).

⁷ “Las ‘Bandas Criminales Emergentes’”. En: <<http://www.elspectador.com/articulo123678-bandas-criminales-emergentes>> (22.04.09); Salazar, Hernando: “Los nuevos capos colombianos”. En: <<http://www.semana.com/noticias-on-line/nuevos-capos-colombianos/114047.aspx>> (22.04.09).



ción de cocaína, rastrea las condiciones suficientes y necesarias para la producción de drogas ilícitas y muestra que en Colombia no se respetan las normas legales y que la moral social es permisiva ante las actividades económicas ilícitas.

En un dossier como el presente no podían faltar breves calas en algunos –pocos– títulos significativos de la creación literaria. Bogdan Piotrowski traza con pulso certero coordenadas y derroteros de las voces señeras en la ficción y el ensayo; de más está decir que las lindes del espacio a disposición son estrechas, que no están todos los que son, pero sí creo que son todos los que están. Albrecht Buschmann hace un fino análisis del mundo de los sicarios de Medellín y *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo desde teorías y consideraciones novedosas sobre la violencia *sensu lato* y la violencia autotélica en particular. José Manuel López de Abiada y Augusta López Bernasocchi analizan los varios aspectos de la violencia en *Rosario Tijeras*, novela paradigmática de Jorge Franco.

Bibliografía

- Duncan, Gustavo (2005): “Narcotraficantes, mafiosos y guerreros. Historia de una subordinación”. En: Duncan, Gustavo/Rangel, Alfredo (eds.): *Narcotráfico en Colombia. Economía y Violencia*. Bogotá: Fundación Seguridad & Democracia, pp. 19-86.
- Jaramillo, Jaime Eduardo/Mora, Leónidas/Cubides, Fernando (1986): *Colonización, coca y guerrilla*. Bogotá: Alianza Editorial Colombiana.
- Mejía Ochoa, William *et al.* (2002): *Las “mulas” del Eje Cafetero (Una aproximación multidisciplinaria al fenómeno de los correos humanos internacionales del narcotráfico)*. Caldas: Dirección Nacional de Estupeficientes *et al.*
- Molano, Alfredo (1987): *Selva adentro: una historia oral del proceso de colonización en el Guaviare*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Reyes Posada, Alejandro (1997): “Compra de tierras por narcotraficantes”. En: Thoumi, Francisco *et al.* (eds.): *Drogas ilícitas en Colombia. Su impacto económico, político y social*. Bogotá: Ariel, pp. 279-346.
- Salazar Jaramillo, Alonso (1990): *No nacimos pa’semilla. La cultura de las bandas juveniles de Medellín*. Bogotá: CINEP.